



Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Política a la altura del hombre
- Autor: Zea, Leopoldo
- Forma sugerida de citar: Zea, L. (2000). Política a la altura del hombre. *Cuadernos Americanos*, 5(83), 112-125.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año XIV, Núm. 83, (septiembre-octubre de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Política a la altura del hombre

Por Leopoldo ZEA
Vicepresidente, SEC

HACE CINCUENTA AÑOS se constituyó, en esta Ciudad de Venecia, la Sociedad Europea de cultura, la SEC. Umberto Campagnolo fue su creador y animador y aún lo sigue siendo. La SEC que organizó con sus ideas y proyectos ha continuado este camino. Esto ha hecho que en el transcurso de los años se mantengan sus siglas pero se ha ampliado su dimensión, para orientarse hacia una Sociedad *Ecuménica* de Cultura. Esta Sociedad surgió para que nunca más se repitieran las atrocidades de la Segunda Guerra, en donde se violaron los derechos de la gente que forma la humanidad. Por ello es importante que en su cincuentenario el tema central sea *Pour une politique de l'homme*

Empecemos por interrogarnos: ¿qué es el hombre, la diversidad de gente que forma la humanidad? Mucho tiempo atrás, milenios, Platón, en el *Protágoras*, hablaba del hombre "como medida de todas las cosas". Como el ente que mide todo lo existente, incluidos sus semejantes, la otra gente, juzgándola de acuerdo con lo que en concreto es él mismo. Comparándolo con lo que cree que es, de acuerdo con lo que considera es su peculiar capacidad para objetivar y juzgar. ¿Dios o gusano? Dios el que mide, gusano el medido.

Preguntemonos por este ente que mide y es medido ¿cuál es su auténtica dimensión? Antoine de Saint-Exupéry, en un hermoso libro, *Ciudadela*, relata cómo un profeta que busca a Dios pregunta por su existencia, la existencia del Creador que haciéndose patente, dará sentido a la propia. Por ello le conmina a que conteste, a que le manifieste que existe, y, con ello, se haga evidente todo lo que le rodea y lo dote de existencia, incluida la humanidad de la que él es parte.

¿Dios dónde estás? ¿Dime quién soy y cuál es mi lugar en tu creación? ¿Existes? ¿Dónde estás?, grita en el desierto y sólo encuentra el silencio. ¿Dios dónde estás? ¿Existes?, vuelve a gritar frente a los mares. ↑ uevamente el silencio. ¿Dios, existes o no?, contéstame, grita frente a montañas y cordilleras. No hay respues-

ta. Vuelve a insistir dentro de las populosas y ruidosas ciudades. Siempre el silencio. El profeta se contesta a sí mismo, ¡Dios existe! Pero es tan grande, inmenso que no puede escucharme y por ello contestarme y yo tan pequeño no puedo hacerme escuchar. ¿Qué soy? ¿Menos que un gusano?

¿Un gusano? No, porque la criatura que pregunta tiene algo más que los gusanos y el resto de las criaturas del universo creado por Dios. Esta criatura puede preguntar sobre sí mismo y sobre el resto de las criaturas que forman el universo. Puede objetivar y objetivarse, y en este sentido ser como un dios. Pero un dios limitado por su mismo origen y naturaleza, la misma del gusano. No es Dios, pero sí un ente que sabe que para existir debe bastarse a sí mismo. Hacer uso de eso que le distingue, la razón, el logos que posee le privilegia y le hace sentirse un dios, pero un dios limitado por su naturaleza animal.

Los presocráticos eran conscientes de estas limitaciones. “Dios ve todo, oye todo y conoce todo”. Nosotros sólo podemos hacerlo por partes y para poner todo a nuestro servicio. No somos dioses pero podemos vivir como si lo fuéramos. En este nuestro siglo xx, Jean Paul Sartre habló del “afán inútil de ser Dios”. Aunque este inútil afán le haya permitido el nunca imaginado dominio de la naturaleza de la que es parte. Con paciencia, poco a poco, la razón le hizo posible conocer las leyes que rigen la existencia del universo. Y al conocerlas, tuvo la capacidad de utilizarlas para satisfacer sus necesidades y ambiciones.

¿Y Dios no se molesta con esta audacia? Aristóteles sostiene que Dios es tan grande que no puede sentir celos ni enojo por el uso que esa su criatura hace de su limitada razón. ¡Nada ni nadie podía alterar su creación! Goethe, en el *Fausto*, escribe que Dios creó al hombre para que sea testigo de su creación: pero también al Diablo para tentar su creación. Esto es, para mostrarle sus imperfecciones y con ello mejorar, mejorarlas.

in embargo, en la Biblia se habla de un Dios, un Creador, iracundo, enojado contra el más selecto ente de la creación, pero también el más débil, si no es capaz de usar bien el don que lo privilegia. No le enojan tanto sus pretensiones divinas, como el uso que hace de ese don para juzgar y manipular a sus semejantes. Hace de ese privilegio algo de su exclusividad, para dominar y utilizar a los otros, argumentando su propia superioridad a partir de su concreto modo de ser natural, y la inferioridad de los otros

por su diversidad, manifiesta en la diversidad de sus expresiones, razas, hábitos y costumbres.

Es por ello que el Creador decide destruir a la humanidad concentrada en Sodoma y Gomorra. Allí donde imperan todos los vicios, y perversidades que rebajan la dignidad de la selecta criatura. Para ello hizo llover fuego y luego agua, el diluvio. Pero no desistió en mantener su creación. La perpetuará con el hombre más justo de su especie, Noé. Y con él a su familia para que se reprodujesen, y a una pareja de cada especie animal.

Lo importante sería ahora la obligada obediencia al Creador que hablaría a través del justo Noé. Éste había construido el Arca para albergar a la gente y a las otras especies animales. La larga y tediosa travesía del Arca por las aguas originará la desobediencia contra el viejo Noé, que la deja a la deriva, a lo que fuera la voluntad del Creador, en lugar de usar su ingenio para llevarla al lugar justo.

Nuevo enojo del Creador y la firme decisión de acabar, de una vez por todas, con la insumisa gente que aún quedaba de la Humanidad. El ruego del justo Noé para que no lo hiciera lo convenció y prometió no volver a usar fuerza alguna de la naturaleza para castigarlos por sus pecados. "Esta gente agregó tiene suficiente ingenio y capacidad para destruirse a sí misma".

Han pasado miles de años, llegamos así al fin del segundo milenio de la cristiandad y nuevamente el fuego: el "Niño" castiga a la Humanidad. Le sigue la "Niña" con nuevo diluvio, ahogando a la misma gente, como se ha visto en Venezuela y otros lugares de la tierra. ¿El Creador ha incumplido su promesa? No, es el hombre mismo, con su desmedida ambición por dominar la creación y hacer de ella instrumento para subordinar a sus semejantes, el que ha originado todo esto. Ha destruido su propio hogar. La naturaleza, simplemente, ha seguido su afectado curso, aplastando a los que han tratado de manipularla.

Han pasado siglos. En 1986, vísperas del nuevo milenio, Mijail Gorbachov, último líder de la Unión Soviética, en el Primer Informe de su gobierno expresaba: "Vivimos en las puertas del tercer milenio. Un mundo lleno de esperanzas, pues nunca había estado el hombre tan pertrechado en todos los aspectos para seguir desarrollando la civilización. Pero está también recargado de peligros y contradicciones, lo cual hace pensar que atraviesa poco menos que la fase más inquietante de su historia".

Hemos llegado al tercer milenio, el cual ha sido recibido con los mismos terrores con que se recibió el segundo. Hace casi dos mil años, se anunciaba el Apocalipsis. Sería en el campo de Armagedón donde se enfrentarían los ángeles fieles al Señor y los demonios seguidores de Lucifer. Ahora, la gente aterrada esperaba el error del 2000, gigantescos meteoritos que podían atropellar la Tierra, el sida y otras pestes. Ya no se habla de demonios, sino de computadoras mal programadas y virus desconocidos que originan enfermedades mortales. Ya no son ángeles ni demonios, éstos llevan otros nombres.

Parece que nada ha cambiado. Es el hombre el que no se ha transformado y necesita justificaciones a sus actos para no responsabilizarse de ellos. Explicaciones que no busca en su insistente medir y ver a sus semejantes como parte de la naturaleza a ser manejada o desechada. La globalización de este proceso se inició el 12 de octubre de 1492. La violencia que entre sí se hacían los habitantes de la pequeña región llamada Europa se extenderá al resto de la tierra, a partir del continente bautizado como América.

El encuentro con gente racial y culturalmente distinta, lejos de hacer a los europeos conscientes de la diversidad y riqueza de lo humano, fue justificación para utilizarla o desecharla, viéndolas como parte de la naturaleza mientras se veían a sí mismos como privilegiadas criaturas del señor del Universo. Se globaliza así la injusticia y se acepta la violencia para sostenerla. Pero se globaliza igualmente la conciencia de los violentados de que existe un modo de vida que también puede serles propio y que sus dominadores mantienen con la violencia. Saben también los manipulados que es de ellos de quien depende poner fin a esta situación.

Pero volvamos a nuestro punto de partida. ¿Qué o quién es el hombre, el que conforma la Humanidad? ¿Dios o gusano? Ni lo uno ni lo otro. Como parte de la naturaleza es una criatura sin más protección que el mismo gusano. Para subsistir, necesita de los otros, empezando por la madre al nacer. Es el más débil, pero también el más rico por la chispa que posee y que no tiene animal alguno, la razón o el entendimiento. El logos como razón y palabra de los griegos o el entendimiento como lo expresaba Descartes, que permite comprender, hacerse comprender y comunicar.

Por este privilegio el hombre debe responsabilizarse ante los otros, lo que no sucede con el resto del mundo animal, que sigue sólo sus instintos. El hombre puede conocer objetivando y al hacerlo libremente, a conciencia, responsabilizarse de las consecuen-

cias de su elección. Su capacidad de objetivar y objetivarse le acerca a Dios, pero no es Dios por su origen natural. Dios es toda voluntad y de ella no tiene que rendir cuenta alguna.

El logos como razón y palabra se transforma en palabra magistral que ordena y debe obedecerse. El hombre que conoce el orden del universo, conoce, obviamente, el orden de la polis y por ello es el más capacitado para gobernar la Ciudad. "Está bien que el que más sabe mande, gobierne sobre los que menos saben", dice Aristóteles. Platón había afirmado que "los filósofos deben ser reyes o los reyes filósofos". El logos se transforma en un instrumento discriminatorio. Los que lo hablan bien son griegos y los que lo balbucean o barbarizan, bárbaros, fuera de la Ecumene.

René Descartes, padre de la modernidad, dice que "la razón o el ingenio está equitativamente repartida entre todos los hombres", es algo que los iguala entre sí, distinguiéndose sólo por los accidentes. Y accidentes son la educación recibida, la diversidad de sus orígenes naturales, su concreción como humano, lo que obviamente origina el buen o mal uso de la razón o el ingenio. El propio Descartes es igual a un hotentote, pero éste se distingue de él por su etnia, el tamaño de su cráneo, hábitos y costumbres; todo esto le impide el buen uso que de la razón hace Descartes. Éste es un civilizado, el hotentote un hombre salvaje, parte de la selva, que jamás podrá igualarse a su civilizador.

El hombre, no pudiendo ser Dios, se conforma con ser tirano de su especie. Haciendo lo que distingue a los hombres entre sí y por ello los iguala, justificación para su dominio en su propio y peculiar beneficio. Fue en la Antigüedad, en el mar Mediterráneo, cuyas aguas bañan y comunican a gente muy diversa, por su raza, hábitos y costumbres, que se planteó la necesidad de hacer de esa diversidad una Ecumene gobernable. Al norte estaba la que sería Europa, al sur África y al este Asia.

Grecia hizo del logos instrumento para integrar jerárquicamente a griegos y bárbaros. Alejandro de Macedonia hizo de bárbaros, helenos. Roma con su lengua, el latín, integró a los bárbaros y con el derecho los hizo ciudadanos. El cristianismo, desde Roma, hizo de la diversa expresión de esta gente, una sola Humanidad y le dio sentido. Dios mismo encarnando para hacerse hombre.

Roma, conquistando y civilizando el mundo a su alcance, marchó al norte, al sur y al este de sus cada vez más amplias fronteras. En cada lugar encontró una humanidad distinta que fue incorporando.

El cristianismo le siguió para que esa misma y diversa gente tomase el camino de Cristo, de acuerdo con su peculiar forma de identidad.

Marchando hacia el extremo norte, Roma encuentra pueblos cuya identidad se había forjado en largas y frías noches y en ardientes días. Enfrentando una naturaleza hostil, extraña al modo de vida del Mediterráneo. Por ello estaba a la defensiva contra todo lo que le era ajeno, incluidos sus semejantes, por ello afirmó un peculiar individualismo, que originó otra expresión del cristianismo, en las antípodas de la original.

La diversidad de esta doble expresión cristiana y europea marcará el milenio que termina. Por un lado la concepción de la cristiandad que se hace patente en la Reforma y su extremo el puritanismo, originando las guerras de religión. Por el otro la católica de Roma. Diversidad expresa en sus catedrales e iglesias. Los primeros con las largas y agudas torres de sus catedrales y templos, como diciendo ¡Yo con Dios! En contraste con el Vaticano, con su gran plaza abierta como grandes brazos recibiendo a la multitud que la llena, como se vio en el Jubileo de este fin de milenio ¡Dios con todos!

Esta encontrada diversidad se hará patente en el descubierto nuevo continente, bautizado como América. Por un lado la región conquistada y colonizada por la mediterránea y mestiza Iberia, dispuesta a ampliar su mestizaje. Por el otro, al Norte frío y hostil como el Báltico, conquistado y colonizado por gente originaria de esa región, contraria a cualquier expresión de degradación mestiza.

Dos Américas, la sajona y la latina, que se hacen expresas en los fundadores de sus respectivas naciones. La primera con Thomas Jefferson, la segunda con Simón Bolívar. En la primera. Jefferson parte de un pueblo destinado por la Providencia a llevar la libertad y la felicidad sobre la tierra y por ello apartado de la Europa sangrienta de la revolución y de la América al Sur degradada por el mestizaje, ocupando vacíos libres de toda violencia y degradación.

Al sur de la América de Jefferson, la América de Bolívar, quien habla de un pequeño género humano surgido en esta región, destinado a crecer, incorporando en sus entrañas la diversidad de las expresiones de lo humano. Un continente que, como el mar Mediterráneo, incorpore a gente de los pueblos que rodean los dos océanos. Por un lado el Atlántico que baña Europa y África. Y por el otro el Pacífico que lo hace con Asia y Oceanía, posibilitando la raza cósmica, raza de razas, cultura de culturas, de José Vascon-

celos. La utopía de Bolívar de una “nación de naciones, la federal, que cubra el universo entero”.

Así llegamos a los sucesos que se inician en 1989 aquí, en Europa, con el fin de la Guerra Fría y la caída de los muros de intolerancia discriminatoria que dividían al continente y separaban al mundo entero. Hubo esperanzas aquí, en la SEC, reunida en Padua en 1991, donde presenté mi enfoque partiendo de mi experiencia latinoamericana.

De todo esto habrá que rescatar las palabras de Mijail Gorbachov, hombre que prendió el detonante que parece hará realidad utopías como las de Bolívar y Vasconcelos. Y con ellas las palabras de Victor Hugo rescatadas en Francia por Michel Rocard en 1989 cuando dijo: “En el siglo xx habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa y en el siguiente siglo se llamará Humanidad”. Utopías globalizadoras que nuestro tiempo, el fin de milenio, está haciendo realidad.

¿Cómo? Conciliando lo que parecía inconciliable. El modo de vida capitalista con el ideal socialista, poniéndolo al alcance de todos los hombres y pueblos sin discriminación alguna. Tal fue lo que propuso Gorbachov en 1986 en el informe citado. Hacer compatible el ideal de Jefferson de libertad, felicidad y seguridad, pero al alcance de todos los pueblos y hombres de la tierra. Los que juntos forman la raza cósmica y harán posible la nación de naciones de Bolívar.

En 1991, después de Padua, la SEC se reunió en Moscú. Al poco tiempo Mijail Gorbachov fue destituido por un inesperado golpe que implicó la desarticulación y fin de la Unión Soviética. Era la oportunidad para el llamado mundo libre de poner fin al peligro socialista. No era el triunfo de la razón del Hombre sino, al parecer, del sistema que encabezaba Estados Unidos. Pueblo destinado por la Providencia a llevar libertad, felicidad y seguridad a lo largo de la tierra, pero en exclusivo uso y beneficio de los pueblos elegidos por la misma providencia. Terminada la Guerra Fría se ponía en marcha la guerra sucia, la misma que anuló a Gorbachov. ¿Fin de los sueños y utopías europeas y latinoamericanas?

Los reclamos estadounidenses para encabezar y mantener el triunfante sistema capitalista fueron de inmediato desechados por la Europa occidental, que no necesitaba ya de la protección armada de la potencia de la Guerra Fría y podía comenzar a consolidar la Comunidad Europea.

En 1992, un año después de la desarticulación de la Unión Soviética, el pueblo de Estados Unidos decidía su futuro en las elecciones que incluían la presidencia de la nación. Una nación obligada a dejar Europa al igual que Asia, donde Japón impulsaba la misma economía de mercado iniciada por la Comunidad Europea. Disputando la presidencia de Estados Unidos aparece un joven y desconocido candidato del Partido Demócrata, llamado William Jefferson Clinton.

Este joven inicia su campaña con un llamado a las armas. ¿Para qué? ¿Para una nueva aventura imperial como la de Vietnam? No, sino para realizar el sueño americano, que parecía exclusivo del pueblo elegido por la Providencia para ser libre, feliz y próspero y ponerlo al alcance de todos los estadounidenses, con independencia de su raza, sexo, edad, cultura, religión, hábitos y costumbres. Este joven alcanza un inesperado y absoluto triunfo, frente al vencedor de la Guerra Fría.

Conocemos la historia de Clinton como presidente que llevó a la realidad el cambio y cumplió sus promesas. Al terminar el primer mandato, fue reelegido, con el apoyo de la nueva mayoría estadounidense. De inmediato anunció que Estados Unidos se incorporaba a la economía de mercado, que se potenciaba cada vez más, por la inclusión de los marginados a la economía de la nación.

En una conferencia posterior preguntó: "¿Está Estados Unidos destinado a dividirse en una nación blanca y una nación negra?" Más aún, ¿en tantas naciones como razas lo forman o en tantas como razas y culturas lo constituyen? ¡No!, se contestó, por el contrario, Estados Unidos será la más grande nación de la tierra por la diversidad de sus razas y culturas. El sueño bolivariano hecho realidad, pues ahora hacía parte del mismo a la que fuera la América sajona.

¿Qué es el hombre, la diversa gente que lo hace patente? Fisiológicamente es la más débil criatura de la creación, pero al mismo tiempo la más fuerte porque ha recibido la inteligencia que es exclusiva del Creador. Y por ello es capaz de crear combinando lo creado, recreándolo. ¿Cuál es su tamaño, su medida? El que le dan los otros, sus semejantes, que él a su vez da a los demás. Una criatura concreta y por concreta diversa entre sí, pero no tan diversa que uno pueda sentirse más o menos hombre que otro. Todos cuentan con la inteligencia que los iguala entre sí, aunque sea usa-

da de manera distinta de acuerdo con la peculiar identidad propia del hombre y no de Dios.

Hemos iniciado un nuevo milenio dotados, como nunca, de los instrumentos que pueden hacer la felicidad de toda la Humanidad. La ciencia y la técnica creada se ha desarrollado tanto que hace inútil la milenaria explotación que un hombre, o grupos de hombres imponían a otros, en su propio y peculiar beneficio. La ciencia y la técnica hacen inútiles la búsqueda y robo de materias primas en otros lugares, ya que pueden ser recicladas, como también inútil el uso de otros hombres para explotarlas y ponerlas al servicio de sus colonizadores.

Es tan grande la capacidad de producir bienes para satisfacer y hacer la felicidad en el mundo, que lo que falta no son brazos, sino gente capaz de consumir lo producido. Allí están los otros, los marginados, fuera del sueño americano. Todos con sus ineludibles y múltiples diferencias pueden no sólo consumir, sino estimular la producción en una cadena sin fin.

¿Es esto posible? ¡La resistencia es tan grande como el desarrollo alcanzado! Parte de la gente que se niega a compartir lo que explotando a los otros ha alcanzado. Gente que se resiste a compartir lo así logrado, prefiriendo destruirlo sabiendo que jamás podría consumir lo producido pero que se niega a compartirlo con gente que considera inferior.

El año 1989 fue un verdadero parteaguas de la historia. Año de muchas y fallidas esperanzas. En ese año el estadounidense Francis Fukuyama escribió un artículo que tituló: *¿Fin de la historia?* El hombre, la Humanidad, habían alcanzado el máximo desarrollo, era el fin de la historia, de sus esfuerzos. Pero excluidos estaban de este fin y de la misma Humanidad la gente y pueblos que formaban el llamado Tercer Mundo y también los europeos del este, que estuvieron bajo la hegemonía soviética.

Pero la historia siguió y con ella pueblos del Tercer Mundo como los asiáticos que hacen de la ciencia y la técnica occidentales instrumento de su emergencia. La copian, luego la mejoran, la superan y abaratan los productos. ¿La ciencia y la técnica occidentales, asimiladas por toda la gente de la tierra, hacían patente la igualdad en la desigualdad de lo humano?

Francis Fukuyama, en 1999, vísperas del nuevo milenio, publica un trabajo sosteniendo que por el contrario esa misma ciencia y técnica han demostrado la incapacidad del hombre para su buen uso. Por humano, demasiado humano, por envidioso, egoísta y am-

bicioso; hace en la guerra sucia lo que no pudo hacer en la Guerra Fría, dominar o destruir a sus semejantes y a sí mismo, no reconociéndolos como sus semejantes. No son, no pueden ser sus iguales.

Se pregunta Fukuyama: “¿No tenía acaso razón Nietzsche de que la igualdad humana es un fraude que nos impuso el cristianismo?” Un fraude al que la ciencia de nuestros días pondrá fin. “El carácter abierto de las ciencias sociales —escribe— indica que éstas nos aportarán en dos generaciones las herramientas que nos permitan alcanzar lo que no consiguieron los ingenieros sociales del pasado, abolir la humanidad”.

Habremos “concluido definitivamente la historia humana, porque habremos sido abolidos los seres humanos”. Entonces “comenzará la nueva historia posthumana”. La del Superhombre que la hará sin pasiones, celos y envidias, con los atributos que parecían exclusivos del Creador de todo lo existente. ¿Como Dios? Pretensión que las inundaciones y los vientos que han castigado a Venezuela y a diferentes regiones de Europa han anulado.

El pasado mes de diciembre de 1999 un miembro de la Sociedad Europea de Cultura, Edgar Morin, escribió un trabajo que tituló: “El siglo XXI empezó en Seattle” Enfoque distinto del anunciado por Fukuyama. Algo que tiene una historia que culmina con la Asamblea de la Organización Mundial de Comercio en Seattle, Estados Unidos, en noviembre. Lo que se perfilaba en la Unión soviética con Gorbachov, empieza a ser realidad en Estados Unidos con Clinton y se amplía en Europa con los líderes de la Tercera Vía. Éstos no proponen elegir entre la libertad y la justicia social, sino hacer compatible el modo de vida capitalista con la capacidad de compartir, que debe ser propia del socialismo.

En Seattle se reunían, para discutir sus diversos y ya encontrados intereses, Estados Unidos, la Comunidad Europea y los países asiáticos. Las naciones que habían hecho del neoliberalismo, de la economía de mercado, instrumento de su desarrollo. El más pujante era Estados Unidos, cuyo desarrollo posibilitó la política económica y social del presidente Clinton.

Lo que allí surgió fue algo distinto de las disputas que planeaban los organizadores de la Asamblea. Las demandas de los pueblos y gente que, pese al extraordinario desarrollo económico logrado, no recibían beneficio alguno, aunque sí la insistente demanda para hacer más sacrificios, para mantener el desarrollo, la macroeconomía alcanzada. “Seattle —escribe Morin— que debía consagrar el irresistible avance de la mundialización tecnológica, ha

visto el nacimiento de un nuevo movimiento de escala y amplitud mundiales”.

“En Seattle —prosigue Morin— ha surgido una toma de conciencia de que el control de la mundialización sólo puede realizarse a escala mundial. Por lo tanto, conlleva un tipo de mundialización diferente al mercado. Incorpora la vieja demanda de soberanía. El mundo no es una mercancía”. El mercantilismo ha rebasado la soberanía de los pueblos y olvidado su identidad. Lo contrario a la utopía de los Bolívar y Victor Hugo, de los Vasconcelos y Martí.

La globalización puesta en marcha en 1989, anulando la propuesta por Gorbachov, no es la pensada por Fukuyama, sino algo más sutil, que vuelve a justificar el predominio y derecho a la injerencia de los más desarrollados, como algo necesario para globalizar el desarrollo. El derecho de los ricos a ser más ricos para que puedan derramar su riqueza sobre los siempre pobres. Y el derecho a la injerencia, para que nunca más sean pisoteados los derechos humanos. Ellos lo han hecho y saben cómo impedirlo.

La globalización que apunta en Seattle es “el preludio de la toma de conciencia de una ‘Tierra patria’ —dice Edgar Morin— que ha de arraigar en las conciencias sin por ello suprimir las virtudes patrias nacionales. Se trata de unir, no sólo de forma tecnoeconómica, sino sobre todo intelectual, moral, afectiva, los fragmentos diversos del género humano”. Patria grande se llama en América el ideal de una nación de naciones. Y como tal, solidario pero opuesto a toda forma de injerencia. La globalización, la nación de naciones, patria de patrias no implica ceder soberanías, sino sumar y al sumar acrecentar.

El presidente William Clinton, en 1994, cuando México enfrenta una fuerte crisis económica, acudió en su ayuda. Para justificarse ante el hostil Congreso de Estados Unidos, dijo: “No lo hago por el bien del pueblo mexicano, sino por el bien del pueblo de Estados Unidos, que será fuertemente afectado si la crisis se mantiene”. Esta crisis, en efecto, originó el llamado efecto *Tequila*, y fue el primer signo de la nueva globalización. Lo que afecta a un pueblo impacta al resto de los pueblos de la Tierra. Así está sucediendo, bajo diversos nombres, en Estados Unidos y Latinoamérica, Europa y Asia.

En congruencia con esta situación, Clinton ha elaborado una idea sobre el deber de Estados Unidos a intervenir para poner fin a conflictos que afecten a su nación y a sus vecinos. Conflictos en diversos lugares de la tierra. Así dice: “El desarrollo y seguridad

de Estados Unidos dependen del desarrollo y seguridad de mis vecinos y el de los vecinos de mis vecinos". Por ello afectan a Estados Unidos, a sus vecinos y los vecinos de sus vecinos, los conflictos del Medio Oriente, Irlanda, Bosnia, Kosovo y otros lugares del mundo.

Problemas que Estados Unidos antes y después de la Guerra Fría originaron con su injerencia en defensa de los intereses de sus inversores, con independencia de las Naciones Unidas, como siempre se había hecho. En la OIAN, cuando el conflicto de Kosovo, se niega a enviar tropas que estarían formadas por la misma gente que ha sido incorporada al sueño americano. ¿Por qué hizo lo que hizo? Para aplastar el huevo de la serpiente del racismo, de la limpieza étnica, iniciado por Serbia, para no tener que enviar, en un futuro, miles y miles de estadounidenses a morir cuando la serpiente hubiese roto el huevo.

En Europa se habló de injerencia estadounidense en un problema que era exclusivo de los europeos. ¿No fue injerencia la presencia armada estadounidense en Europa, terminada la Segunda Guerra, para supuestamente defenderla en la Guerra Fría de la agresión del otro triunfador: la Unión Soviética? Entonces fue para enfrentar el totalitarismo comunista, ahora para destruirlo en su cuna.

El actuar fuera de un organismo creado, para que en él estén representados todos los pueblos de la tierra y nunca más se repitan las brutales violaciones del hombre, hace de esa doble acción injerencia. Como injerencia son para América Latina las acciones de algunos países europeos en supuesta defensa de los derechos humanos, para castigar la violación de los mismos derechos como en la Guerra Fría. Violaciones que Estados Unidos y Europa Occidental apoyaron y nunca condenaron, para enfrentar el peligro comunista, realizados por golpistas militares como Pinochet al servicio de esos propósitos.

Crímenes que deben ser castigados, pero no por gente que se sirvió de los mismos. No para dividir a pueblos que los sufrieron, como el chileno, poniendo en crisis su emergencia económica. Tampoco para condicionar alianzas en la economía de mercado que beneficia, por igual, a las partes. La injerencia de Clinton en Kosovo es, obviamente, distinta de las hechas por Nixon, Reagan y Bush. La animan distintos propósitos, pero no por ello deja de ser injerencia. Lo importante será que exista un Tribunal Internacional en que cada nación pueda ser juez y parte.

El desarrollo y seguridad de mi país depende del desarrollo y seguridad de mis vecinos y los vecinos de mis vecinos en una relación que abarca el mundo entero. ¿Cómo piensa Bolívar la nación de naciones universal? No como unas naciones vecinas entre sí, sino como parte de una gran comunidad de gente diferente y por ello semejante. ¿Cómo pone en marcha esa nación de naciones que ha de abarcar el universo entero? Invadiendo, no para conquistar, sino para liberar lo que sin libertad está bajo el coloniaje. “Yo no quiero ser ni Alejandro ni César ni Napoleón —dice—, yo no quiero ser conquistador sino libertador”.

Bolívar se siente parte de un mundo rico pero diverso. Mezcla de las razas que se dieron encuentro en el nuevo continente y por ello abierto a todas las expresiones raciales y culturales de lo humano. El otro no es un vecino sino un semejante, una parte concreta de la humanidad que exige el mismo reconocimiento de quienes se limitan a la suya propia.

Es el mundo que vio Clinton dentro de su pueblo y al que pretendió incorporar a los estadounidenses, pero limitado a ellos. El ideal de la América Latina, ahora continental, que en lo latino expresa su origen mediterráneo y cristiano. o la cristiandad dividida de la Reforma y la Contrarreforma, de las guerras entre católicos y protestantes, sino que se ha hecho presente en este fin de siglo y de milenio y gente de todas las razas y culturas, de todas las edades, hábitos y costumbres, estrechadas en los amplios brazos de San Pedro en el Vaticano.

Política para el hombre, es éste el problema a discutir en la sec en el milenio que ahora está en marcha. Un problema discutido en diversas oportunidades. El hombre en lo que es, en la dimensión que le corresponde dentro de la creación de la que es parte. El más débil y también el más fuerte de la creación. ¿El tamaño? La dimensión que le da su relación con la diversidad de los otros. La que ha alcanzado y puede alcanzar partiendo de esa relación.

Esto en una globalización que no es ya la milenaria del pasado. Algo que ha empezado y debe ser continuado, forjado en una positiva e ineludible relación con los otros. La globalización en la que toda la gente que forma la humanidad se considere responsable. Mas allá del pasado imperial de naciones sobre todas las naciones. Más allá del presente que de todo hace mercado y punto de partida de nuevas injerencias.

Una relación paritaria, activa y competitiva, pero no excluyente. Competir para alcanzar lo más alto en beneficio de todos. Com-

partiendo, ayudando al que se atrase en la competencia y frene la totalidad del esfuerzo.

Ésta ha sido y tendrá que seguir siendo fiel a sus orígenes, en su empeño por una política de la cultura, que lo es del hombre que la hace posible. En su empeño por el triunfo de la razón del hombre y su insistencia en comprender y hacerse comprender. El todo dentro de las ineludibles resistencias para que el mundo, la humanidad, siga donde está.